

Tal es la grandeza de Jesús, según los testigos de su vida, conforme á los que le han dibujado en el umbral de su carrera en esos dos cuadros de un estilo hierático.

Jesús no tiene igual entre los seres humanos, porque ninguno es el "Hijo de Dios" y nadie escapa sin él de los ataques del mal. El es el tipo y es la fuerza; es preciso luchar como él, y no se puede vencer sino por él.

Su filiación divina y su santidad absoluta resplandeciendo así en la entrada de su carrera, alumbrando hasta el fondo el misterio de su obra, profunda como los designios de Dios, vasta como la humanidad, austera, heroica como el sacrificio que ella exige de su autor.



#### CAPITULO IV.

##### LOS PRINCIPIOS DE LA VIDA PÚBLICA.

Los principios de la vida pública de Jesús abrazan un período de catorce á quince años, desde el día que él abandonó el desierto, un poco antes de la Pascua del año 28, hasta la prisión de Juan Bautista,<sup>1</sup> hacia la fiesta de los Purim del año 29. Los tres primeros Evangelios han hecho de este último acontecimiento, que acaba la misión del precursor, el punto de partida del apostolado de Jesús y de su narración.<sup>2</sup> Ellos son mudos respecto á la faz inicial que su narración supone; ella nos sería totalmente desconocida, si, completando á sus antecesores, el autor del cuarto Evangelio no nos hubiera referido algunos hechos culminantes que marcan el carácter. Fiel á su método, él indica netamente los diversos viajes de Jesús, precisa la hora y los días, recuerda extensamente conversaciones íntimas de las que parece haber recibido sólo él la confidencia, puesto que sólo él las ha referido. Todo, en esas páginas, ha-

<sup>1</sup> Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús.—II La inauguración del ministerio público en Galilea.

<sup>2</sup> Mateo, IV, 12; Marc., I, 14; Luc., IV, 14.



ce traición al testigo; el alma de Jesús transpira á través de la suya; no es á él, —él se elimina siempre, evitando hasta el nombrarse,—es al Maestro al que se escucha.

Juan Bautista recordaba, por su energía y su rudeza, al viento violento que, en la visión de Elías sobre el Horeb, precedía el paso de Jehová, destrozando las montañas y rompiendo las peñas: Jesús es el murmullo suave y ligero, el soplido mismo de Dios.<sup>1</sup> Sus primeras manifestaciones están llenas de calma y de serenidad, de dulzura y de reserva; con expresión de una sola escena, nada de estrepitoso en sus actos, nada de vehemente.

Después de su ayuno y su tentación en el desierto, él volvió solo á las orillas del Jordán, á los alrededores de Beth-A'barah, en donde Juan, después que lo hubo bautizado, no cesaba de darle testimonio.

El encuentro de Jesús, la vista del cielo abierto, la voz del Padre, la aparición del Espíritu descendiendo visiblemente sobre el Mesías, han engrandecido al profeta: él no es solamente el predicador austero de la penitencia, el enviado amenazador de la justicia de Dios, el Bautista celoso, él es el primer Evangelista de los nuevos tiempos. Lo que los profetas, sus abuelos, habían visto de lejos, él lo ve, lo toca, lo publica; la luz de Dios le ha revelado el misterio, y él no se cansa de proclamarle á la multitud.

Esta evolución progresiva de la acción religiosa de Juan ha sido desnaturalizada, relegada á la sombra ó suprimida por los historiadores modernos que han recusado los documentos tan preciosos del cuarto Evangelio. Esta gran figura ha perdido, bajo su pluma, su carácter el más original: una mezcla perfecta de fuerza y de dulzura, de severidad y de unión, de santa cólera contra el mal y de ternura enternecida, de justicia indomable y de abnegación. No es Jesús, como algunos se han

<sup>1</sup> III, Reyes, XX, 11, y sig.

atrevido á decirlo, quien ha sufrido, en detrimento de su propio genio, la influencia de Juan y de su ministerio, es Juan quien ha experimentado la influencia de Jesús. La vista del Salvador le arranca gritos profundos que parecen gemidos.

Un día, en medio de la multitud que pasaba, Juan le apercibió viniendo hacia él. Esto fué después del ayuno y de la tentación; quizá Jesús parecía abrumado por la tristeza de su misión heroica. El profeta, lleno todo de él, exclamó, mostrándole á los que ahí estaban:—He aquí al Cordero de Dios, he aquí á Aquel que quita el pecado del mundo.<sup>2</sup>

Tal es el primer nombre dado á Jesús, á su entrada á la vida pública. Ninguno expresa mejor la forma exterior y el carácter íntimo de aquel que, consagrado por Dios á la inmola-ción, había dicho á Juan: "El nos hace cumplir toda justicia."

La vocación de un hombre modela á su alma, se graba en sus facciones, y su marcha se imprime profundamente en todo su sér; la de Jesús, dolorosa y santa entre todas, le cubre de humildad y de mansedumbre, ella hace de él al más dulce entre los hijos de los hombres: él era verdaderamente el Cordero de Dios.

Al llamar con este nombre triste y misterioso al Mesías de Israel, Juan se eleva muy por encima de las ideas de su tiempo. El segundo Isaías habla como el primero; el profeta de la penitencia recuerda al profeta quien, después de seis siglos, había sido el Evangelista del Mesías sufriente. "Nosotros le hemos visto: él estaba sin belleza; su rostro estaba velado; él ha tomado sobre sí nuestras debilidades. El ha llevado nuestros dolores. El se ha ofrecido, porque ha querido. El no ha abierto la boca, semejante al cordero que se lleva al matadero, mudo ante el que le trasquila."<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Renan Vie, de Jesús, p. 119

<sup>2</sup> Juan, I, 36.

<sup>3</sup> Isaías, LIII.



La gran conciencia de Juan, que había tan fuertemente levantado la voz contra la corrupción del mundo é invitado al arrepentimiento con una voz tan apremiante, comprendía bien en dónde estaba la verdadera justicia; y el mismo hombre, quien, con la claridad de Dios, había entrevisto las verdades terribles del juicio, veía actualmente, con un exceso de luz, á la víctima inocente que aparecería y purificaría á la humanidad.

El desengañaba á los Fariseos que habían abusado respecto á las prácticas de su ley y acerca de su vana justicia.—No es la sangre de nuestro cordero inmolado dos veces por día, en el Templo, sobre el altar de los holocaustos, debía decirles; no, no es él quien purificará al pueblo: "El Cordero verdadero, héle aquí."

Y, tomando su tema favorito, él repetía sus declaraciones respecto de Jesús, sin cansarse jamás, como aquellos á quienes absorbe un solo pensamiento, una convicción irresistible. El decía á la multitud, mostrando á Jesús:—Este es aquel sobre quien he visto al Espíritu como una paloma descender del cielo y posarse. Sí, yo lo he visto con mis ojos, y yo soy su testigo: es él, el Hijo de Dios.<sup>1</sup>

Esas afirmaciones multiplicadas, apremiantes, descubren al alma toda del precursor y prueban la resistencia que encontraba su palabra en el espíritu en descuido de su pueblo.

Cualesquiera que fuese el ascendiente de Juan Bautista, no parece que su doctrina del Mesías haya penetrado las conciencias de las masas judías, ni desarraigado sus preocupaciones mesiánicas; mas ella cuando menos ha tocado á algunas almas entre los sencillos, y ella ha terminado por atraer poco á poco la atención de todos respecto al Elegido de Dios á quien nada, en apariencia, designaba á la admiración de la multitud.

La escena del bautismo y las grandes cosas que decía de Jesús el profeta, no hacían más que hacer el misterio del Reino

<sup>1</sup> Juan, I, 32-34.

más impenetrable. ¿Cómo este humilde obrero de Galilea, ese Nazareno, podía ser el Mesías, la esperanza y la salvación de Israel? Jesús no se dejaba ver todavía, y la multitud pasaba cerca de él, admirada ó distraída, curiosa é ignorante; ella tal vez miraba pero no comprendía.

En espera, Jesús no abandonaba las orillas del Jordán.

Cierto día, él iba á lo largo del río; el sol se ponía. La multitud se habla retirado. "Juan estaba allí con dos de sus discípulos, vió al Salvador que marchaba;" la misma impresión que él había tenido la víspera le conmovió y le arrancó la misma exclamación: "He aquí al Cordero de Dios."

La palabra de Juan fué escuchada por los dos discípulos. El asunto de su maestro les removi6, la vista de Jesús les atrajo; ellos dejaron á su maestro y siguieron á Jesús.

Ahora bien, habiéndose vuelto, Jesús vió que le seguían.

—¿Qué buscáis? les dijo.—Maestro, en dónde moras.—Venid y ved...."

Ellos llegaron y vieron en dónde habitaba él; pasaron ese día en su compañía. Era la noche, cerca de las diez.<sup>1</sup>

El que ha dibujado ese cuadro con un toque tan fino, con un rasgo tan sobrio y con una maravillosa frescura de colorido, fué uno de los discípulos que recibieron la hospitalidad de Jesús; ella fué para él una fecha inolvidable; él se ha recordado de la hora del encuentro,—esa hora de la tarde en que la luz palidece, en la que el silencio y la calma favorecen la intensidad de las conversaciones. El no se nombra, pero se le adivina en su reserva misma: es Juan, el discípulo más amado, el primer elegido por Jesús. El era de Galilea también, un hijo de pescador y él mismo pescador. Lo que él escuchó de la boca del Maestro, en esa noche y en ese día, ha quedado en el misterio. Evidentemente, se trató del Reino de Dios, de la espera de Israel, de la salvación del pueblo y de aquel que,

<sup>1</sup> Juan, I, 36 y sig.



trayendo esa salvación, correspondería á esa espera y fundaría ese reinado.

Por lo demás, ¿qué importa la palabra? Frecuentemente la sola presencia dice más que un largo discurso: un sér superior, vivo, inteligente, amante, ¿no puede, sin decir nada, ejercer su prestigio y cautivar en silencio á los que se le aproximan?

Una palabra nos da claramente á entender que Jesús ejerció un encanto profundo sobre sus dos huéspedes; su palabra les alumbró: ellos creyeron en su persona y en su misión. En efecto, llegada la mañana, el uno de ellos, Andrés, Galileo también, y pescador del lago de Tiberiades, corrió en busca de su hermano. Su entusiasmo desbordaba; él tenía necesidad de comunicárselo. Desde que él hubo encontrado á Simón,—este era el nombre de su hermano:—Hemos hallado al Mesías, le dijo, y le llevó ante Jesús.<sup>1</sup>

Ahora bien, Jesús arrojó sobre él una mirada penetrante:

—“Simón, le dijo, tú eres hijo de Jonás. Tú te llamarás Cephas (Piedra).

Al dar al recién venido ese nombre que presagiaba tantas cosas, él quiso desde luego apropiárselo, él le marcó con un signo; él dejó ver al hijo de Jonás á qué profundidad leía en su conciencia, pero sin revelarle todavía el destino que encierra ese nombramiento misterioso. Bastaba á Pedro el sentirse atado á aquel que comenzaba á mostrarse á ellos como el Cristo.\*

<sup>1</sup> Juan, I, 40 y sig.

<sup>2</sup> Los críticos alemanes que no han cesado de oponer los sinópticos al cuarto Evangelio, sacrifican los primeros al segundo, ó el segundo á los primeros, según su preferencia: han cometido, en nuestra opinión, un grave desprecio. Ellos han confundido la narración de la vocación de los discípulos, tal como la refieren San Mateo, IV, 18-22; San Marcos, I, 16 y sig., y San Lucas, V, 2-11, con la narración de San Juan, y ellos no han querido ver ahí sino á un mismo hecho diversamente referido. Naturalmente, les ha sido fácil señalar las diferencias, las oposiciones, la incompatibilidad. Un estudio imparcial de los dos textos no permite creer que ellos se refieran á un mismo hecho. La vocación del primer discípulo, tal co-

La fuerza de Dios obedeciendo á las leyes que ella ha establecido y que arreglan con el orden el movimiento de la creación universal, no atropella y no violenta nada. Todo es silencioso y velado en las primeras manifestaciones de un mundo que se forma, de un sér que nace.

Nosotros asistimos á las primeras impresiones del espíritu vivo de Jesús. Vivir, para él como para todo sér, es atraer á sí y asimilarse otros seres. Héle aquí que ejerce su seducción y su potestad abstracta sobre algunas almas escogidas, predestinadas; ellas vienen á unirsele, la una después de la otra, sin ruido: el grano de mostaza no tiene un crecimiento más tranquilo.

En el fondo de este valle del Jordán, cavado como un inmenso surco, ahí, bajo ese cielo ardiente, en el mismo punto en el que la palabra de Juan Bautista ha puesto en fermentación la conciencia de Israel, es en donde hemos sorprendido el primer fulgor y el primer nacimiento de la fuerza mesiánica de Jesús.

El tiene al presente tres discípulos.

El día siguiente á aquel en el que se habla atraído á Pedro, miró hacia á la Galilea, que no habla visto después de su bautismo, y quiso volver allá.

Estaba en camino, cuando encontró á otro Galileo, Felipe, un compatriota de Andrés y de Pedro, habitando como ellos la pequeña aldea de Bethsaida, á orillas del lago.<sup>1</sup> Jesús le atrajo con esta sencilla palabra: “Yo soy.” La llamada de Jesús tiene algo de suave y de irresistible; ella toca al corazón y le atrae. Felipe participó de la fe naciente y del entusiasmo de sus compañeros.

En efecto, habiendo encontrado el mismo á un cierto Na-

mo San Juan la refiere, es absolutamente distinta, y por el tiempo, y por el lugar, y hasta por los detalles de la segunda vocación referida por los sinópticos. Los dos hechos se completan y se explican, ellos no se destruyen; no hay necesidad de sacrificar el uno al otro, es preciso aproximarlos. Aquí, como en muchas circunstancias, San Juan completa á los sinópticos.

<sup>1</sup> Juan, I, 43 y sig.



thanael,<sup>1</sup> el hijo de Tolmeo, le dijo inmediatamente:—Aquel de quien Moisés, en el libro de la ley, aquel de quien los Profetas han escrito, nosotros le hemos encontrado: es Jesús, el Hijo de José de Nazareth. Ese nombre de Nazareth chocó á Nathanael.—¿Cómo! exclamó, con su ruda franqueza, ¿caso de Nazaret puede salir algo bueno?

La Galilea, por causa de su población mezclada de paganos, era desdeñada por los Fariseos ardientes. Un profeta no viene de Galilea,<sup>2</sup> decían ellos. La palabra había pasado en proverbio, y Nazareth, ciudad oscura, desconocida en la Escritura, era más particularmente el objeto de ese piadoso desprecio de los ortodoxos.

Felipe, en el primer ardor de su fe y también bajo el encanto de la palabra de Jesús, no trató de refutar á Nathanael. La realidad se impone mejor que todos los discursos: él se contentó con decirle:—Ven y ve. Nathanael vino á Jesús quien, al verle, exclamó: “He aquí á un verdadero Israelita, sin ningún artificio.”—¿Cómo, ¿me conocéis? respondió Nathanael admirado.—“Antes que Felipe te llamara, replicó Jesús, cuando estabas debajo de la higuera, yo te he visto.”

La narración da claramente á entender que la facultad de conocer de Jesús no estaba ligada á las condiciones normales de presencia y de exterioridad. Jesús vió á Nathanael de lejos y adivinó sus pensamientos íntimos. El leía, oraba quizá, sentado debajo de la higuera, según la costumbre judía. El Profeta le deja ver,—aun cuando la narración no lo diga,—que él había penetrado su conciencia. Desde ese momento, él ya no discute; tan grande en la fe como habla sido sincero en la objeción:—Rabbi, exclamó, vos sois el Hijo de Dios, vos sois el Rey de Israel.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> La tradición universal siempre ha identificado Nathanael y Barthelemy. Nathanael es el nombre propio, Barthelemy (Bar-Tolmai), el nombre patronímico. En la nomenclatura en la que los doce Apóstoles (Mat., X, 2, 3) son nombrados por par, dos á dos, Felipe y Bartolomé, siempre están reunidos. Los exegetas han estado casi unánimes en reconocer á Nathanael de San Juan en el Bartolomé de San Mateo y de los sinópticos.

<sup>2</sup> Juan, VII, 52.

<sup>3</sup> Juan, I, 47 y sig.

Jesús quedó impresionado de esta rectitud:—“Tú crees porque yo te he dicho: Yo te he visto debajo de la higuera.” Después, volviéndose á Nathanael, pero dirigiéndose á todos, su voz se hizo solemne; y, usando de una fórmula que le agradaba emplear, cuando quería abrirse al alma de sus discípulos é instruirles de las cosas divinas:

—“En verdad, en verdad,”<sup>1</sup> exclamó, “yo os lo digo, tened confianza en el Hijo del Hombre. Vosotros veréis al cielo abierto sobre él y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre su cabeza.”<sup>2</sup>

Palabras misteriosas llenas de una esperanza infinita. Ningún sér puede crecer sin la esperanza. Jesús lo sabe, y él la hace brillar en los ojos de sus nuevos discípulos.

Ellos no se admiran ni se amedrentan de la debilidad del Hijo del Hombre, del carpintero de Nazareth: él es el verdadero patriarca; el cielo, por lo demás, cerrado para todos, está abierto sobre su cabeza; los ángeles le traen las fuerzas y las luces de Dios. La comunicación es bastante y total; toda su humanidad está en ascensión hacia Dios, y la divinidad en efusión sobre él. Esta fórmula enigmática, esos términos velados, revelan á los discípulos la relación inefable que sujeta á su Maestro al mundo divino; ellos le prometen que ellos serán los testigos de esta vida de la que la palabra humana,—aun cuando sea inspirada,—no logrará jamás sondear las profundidades.

La fe de esos primeros neófitos en la mesianidad de Jesús, está seguramente, á pesar de su sinceridad y á pesar de su

<sup>1</sup> Esta locución es constante en la boca de Jesús. El es el único Maestro que se ha servido de ella al principio de su discurso; esta es su fórmula preferida; ella implica la doble idea de verdad y de firmeza. Al duplicarla, San Juan parece querer insinuar la plenitud de su sentido. Ningún labio humano se ha atrevido á servirse de ella. Los doctores Judíos, como lo nota excelentemente Lightfoot (Horæ hebr. et talmud., pág. 969), esos oráculos de la tradición religiosa, desistan: Yo digo en verdad, pero yo no digo amen. Se sabe que al Apocalipsis, III, 14, da á Cristo el nombre de Amen, como el mismo Isaías, LXV, 16, llamaba á Dios con el nombre de: Eloi Amen.

<sup>2</sup> Juan, I, 51.



entusiasmo, bien lejana de la perfección. Esos hijos del pueblo no estaban libres de las preocupaciones de su tiempo y de su nación; al reunirse á Jesús por un movimiento de simpatía y de alegre confianza, ellos gustaban ver en él al Mesías de sus sueños. El ideal del hombre está lejos de los pensamientos de Dios, pero las ilusiones se disipan á medida que el alma engrandece. Esos sencillos Galileos comprenderán un día, con la escuela del Maestro, mejor que todos los sabios y los doctores de Israel, el misterio de Cristo, la naturaleza de su Reino, la necesidad de sus dolores, el secreto de sus humillaciones, la eternidad de su triunfo.

Hoy, ellos van radiantes de haber encontrado al Mesías, como ellos dicen, y no se puede dejar de admirar la juventud é intrepidez alegre de esas naturalezas sin cálculo que no se han resistido á su llamamiento, y que tienen la gloria de decirse su primera conquista.

Después que Jesús hubo abandonado á Nazareth para ir á recibir el bautismo de Juan, graves acontecimientos se habían verificado: Dios mismo se había manifestado sobre él, y le había consagrado su elegido, á la faz del pueblo. El nuevo profeta que conmovía al país, y del que todos supieron la acción, le designó públicamente como al Mesías y el Hijo de Dios. Aun cuando él pareció huir, retirándose al desierto, las miradas y las solicitudes del pueblo, no es posible que su nombre no haya llenado á la Palestina y volado de boca en boca en esa sociedad judía que se estremecía con la sola idea de la venida del Mesías.

Cuando Jesús volvió á Galilea, seguido de algunos discípulos desconocidos, su reputación le había precedido; pero la pequeña ciudad de Nazareth no acogió esos rumores populares, tan halagüeños para el hijo del carpintero, como se le llamaba. Hasta más tarde, cuando Jesús haya justificado su misión con señales más resplandecientes, su oscuro origen, su profesión de artesano, su condición de indocto, serán un escándalo pa-

ra los Nazarenos. La envidia, el celo, las mezquinas pasiones, las pequeñas preocupaciones de aldea, les cegarán hasta el fin: todo lo que estrecha al corazón cierra al espíritu.

Pero si Jesús no fué comprendido en esos lugares en donde se había deslizado su infancia y su adolescencia, ¿con qué emoción no debió ser acogido por su madre, al volver á ver á aquel que ella había engendrado y alimentado, en el momento mismo en el que él iba en fin á realizar todas las esperanzas maternas, después de largos años sepultados en su corazón! Nadie mejor que ella penetraba el misterio. En verdad, ella no tenía otro papel que seguir á su hijo, con las mujeres que deben seguirle y acompañarle en sus viajes; pero á pesar de la obscuridad en que ella se pondrá, las palabras, las obras, los designios, la vida entera de Jesús, sus dolores y sus triunfos, no hallarán en ninguna criatura una acogida más ardiente, un eco más fiel.

¿Por qué camino Jesús, acompañado de sus primeros discípulos, subió del valle del Jordán á Galilea? ¿Vino primero á Nazareth por Scythópolis? ¿Fué directamente á Caná? El Evangelio nos da sobre este punto algunas indicaciones. La distancia entre Beth-A'bara y Caná es de más de veinticinco leguas. El viaje de Jesús debió ser rápido, porque al tercer día que siguió á la vocación de Felipe,<sup>1</sup> le vemos en la pequeña ciudad de Caná. Su madre le había precedido. Ella estaba ahí en la casa de los parientes ó de los amigos. Quizá, después de la partida de su hijo para el bautismo, ella dejó á Nazareth y recibió en la casa de ellos la hospitalidad. Se puede augurar por el silencio guardado, respecto de José, su marido, que ya era viuda y que vivía, después del duelo, sola con Jesús.<sup>2</sup> Ella tenía de parte de José un parentesco numeroso:

<sup>1</sup> Juan, II, 1.

<sup>2</sup> La muerte de José y sus funerales están extensamente referidos en los Apócrifos (Historia de José el carpintero, c. XXVIII-XXIV). Esta leyenda piadosa, que no carece de grandeza, no puede sin embargo imponerse á una sana crítica.



es muy verosímil que, para sustraerla del aislamiento, ella haya sido recogida por una familia aliada.

El nombre de la pequeña ciudad ha sido cuidadosamente indicado por el cuarto Evangelio, que le llama Caná, en Galilea, para distinguirla de otra Kana, perteneciente al territorio del Tyro. No se explica la inadvertencia de Eusebio que las ha confundido.<sup>1</sup> Ella estaba situada á dos horas de Nazareth,<sup>2</sup> sobre el camino de Tiberiades, no lejos de la gran vía que pone en comunicación á Ptolémis y las ciudades del lago de Genezareth. Ella no carecía de importancia, á juzgar por la extensión de las ruinas que cubren la eminencia sobre cuya pendiente ella se elevaba. Ella no es actualmente más que una miserable aldea, un montón de pobres casas orientales; pero el paso de Jesús la ha inmortalizado. Su recuerdo ha sobrevivido á todas las destrucciones. Ahí, como en otras partes, una humilde iglesia, levantada sobre los restos de la basílica de Helena, atestigua, después de diez y nueve siglos, la vitalidad imperecedera de las palabras y de los actos de Jesús.

He aquí lo que pasó en una de las casas de Caná, la tarde misma en que el Maestro llegó.

Se celebraba un matrimonio; y, conforme á la costumbre judía, aun entre las gentes del pueblo, los festines duraban varios días. Jesús fué invitado con sus discípulos; la casa estaba llena de convidados: la hospitalidad oriental no conocía

<sup>1</sup> Eusebio, Onomasticon, Kana.

<sup>2</sup> Se ha ensayado poner en duda la autenticidad de Kefr-Caná como lugar de la antigua pequeña ciudad en donde Jesús convirtió el agua en vino, y se ha tratado de encontrar la verdadera Caná en Kana el Djellil, situada á nueve millas al Norte de Nazareth, y á cinco millas y media de Séphoris N. N. S. Esta es la opinión de Robinson, *Biblical Researches in Palest.*, t. II, p. 347. El examen atento de los testimonios casi unánimes de los antiguos peregrinos, desde el sexto hasta el siglo catorce, desde Antonino de Plaisance hasta el Dominicano Ricoldi, del Monte-de-la Cruz, no permite suscribirlo. Y por lo demás, mientras que nada en las ruinas informes de Kana el Djellil lleva la huella del hecho evangélico, las excavaciones practicadas en Kefr-Caná han puesto en descubierta los fundamentos de una iglesia del tiempo de Constantino, como lo prueban las monedas que allí se han descubiertas; y todos los cristianos de Palestina, cismáticos y católicos, la veneran como aquella que Helena construyó en el lugar y en memoria de Caná. Cf. V. Guérin, *Descripción de la Palestina*.—Galileo, t. I, p. 175.—De Saulot, *Voyage autour de la mer Morte*, t. II.

límites. Sin embargo, no estaba en el uso que las mujeres tomaran lugar en la mesa de los huéspedes; ellas permanecían separadas de los hombres, preparando los manjares, cuidando del servicio, pero ellas van y vienen á la sala del festín. Un incidente perturbó el fin de la comida. Ya no había más vino,—el vino, dice Bossuet, que los delicados llaman el alma de los banquetes. Tal vez María, ella misma le había ofrecido, porque era costumbre entre los Judíos, ofrecer como regalo, cuando se era invitado á una fiesta nupcial, las viandas, la provisión de vino y de aceite, ó las frutas. Los convidados eran numerosos, la provisión se agotó. María vió la dificultad de los esposos, y, en su diligencia, en su inquietud, ella no tuvo sino un solo pensamiento: su hijo. Ella se acercó y le dijo:—Ya no hay más vino.

¿Otros sentimientos agitaban á su corazón? ¿Pensaba ella en todo lo que se decía de glorioso respecto de Jesús? ¿Deseaba ella que él aprovechara esta ocasión para manifestar su potestad? ¿Dejaba ella traslucir toda su alma en su mirada y en su actitud? La respuesta de Jesús conduce á creerlo. Siempre dueño de sí y de una calma que nada humano turba, repulsó dulcemente á su madre, moderó la impetuosidad de su caridad, y, con la gravedad de aquel que, en su misión divina, no podría obedecer á ningún móvil ó sentimiento terrestre, sino solo á su Padre:

—“Mujer, exclamó, “que hay entre tú y yo? “Por qué me apremias? “Mi hora no ha llegado todavía.” Estas palabras recuerdan las del año duodécimo, cuando él decía á su madre,

<sup>1</sup> La locución usual mah-li valeka es un puro hebraísmo que corresponde á la locución griega *τί θυγατέραί*. Ella se encuentra frecuentemente en la Escritura, en el Antiguo Testamento (Juec., XI, 12; Reyes, XVI, 10; XVII, 18; XIX, 22), y algunas veces en el Nuevo (Juan, II, 14; Mat., VIII, 29). Ella expresa siempre un cierto desagrado. Esta es la fórmula consagrada para traducir la pena que se experimenta de una palabra ó de un hecho. La traducción literal latina ó española no da el sentido. Jesús se ha servido de esta fórmula de queja afectuosa para moderar la diligencia de su madre. San Crisóstomo (Homil., 20, in Joan), la ha traducido y explicado por estas palabras: *Quid me molestas?*

En cuanto á la expresión *mujer*, ella está en el uso judío y oriental, aun cuando se habla á su madre, y nada tiene que no sea respetuoso y noble.



llena de tristeza por haberle perdido, reprochándole el haberla abandonado: "No sabíais que yo debo ocuparme de los negocios de mi Padre?"<sup>1</sup>

El corazón maternal es de una penetración exquisita; á pesar de la queja afectuosa de su hijo, María no perdió la confianza, ella comprendió que su deseo sería escuchado, se abandonó sin turbación á la bondad de aquel que no podía rehusarle nada, y, segura de él como de ella, ella se dirigió á los criados:—Haced, les dijo ella, todo lo que él os dirá.

Ahora bien, allí había seis urnas de piedra para servir á las abluciones, y que contenían cada una dos ó tres ánforas. Jesús dijo á los sirvientes: "Llenad las urnas de agua." Ellos las llenaron hasta el borde.—"Ahora sacad y llevadle al señor del festín." Ellos llevaron: el agua estaba convertida en vino.

El señor del festín\* ignoraba lo que había pasado, pero los sirvientes, los que habían sacado el agua, lo sabían. Apenas él hubo gustado cuando llamó al esposo y le dijo esta palabra que caracteriza bien las costumbres orientales:—Siempre se sirve primero el buen vino, y cuando los convidados han bebido mucho, se derrama el que menos vale; pero tú, has guardado el buen vino hasta el presente.

Los discípulos de Jesús quedaron azorados de este prodigio. Esta era la primera vez que el Maestro les revelaba su potestad. Ellos pensaron en la palabra misteriosa que pocos días antes él les había dicho, haciendo alusión á los milagros de los que estaría llena su vida, y ellos sintieron crecer su fe en él.

Yo he conservado á esta narración la sencillez, la vivacidad y la riqueza de detalles que la pluma fiel de San Juan le ha

<sup>1</sup> Luc., II, 49.

<sup>2</sup> El *ὑποπύλιος* era aquel que, en los banquetes, velaba por la ordenanza del festín y daba las órdenes á los sirvientes; este era un invitado, un amigo del esposo. En los festines de matrimonio, él recibía á los convidados, daba gracias antes y después de la comida, bendecía los diversos manjares: he aquí por qué Jesús es á él á quien ordena llevar el agua convertida en vino; así se explica también ese tono de igualdad familiar con el que él habla al esposo.

dado. Nada más común en apariencia que esa comida nupcial en una pequeña ciudad galilea; mas la presencia de Jesús le ha transfigurado, y ha quedado en la memoria de los cristianos como un símbolo, un geroglífico, que revela y deja entrever á los creyentes, inefables misterios. Jesús engrandece é inmortaliza todo lo que él toca; sus menores actos son una palabra viviente que los siglos guardan y reflejan.

El Reino de Dios que él acaba de fundar es un festín nupcial entre Dios y la humanidad; Cristo es el esposo eterno que invita á toda alma humana á sus esponsales divinos; el agua convertida en vino es la imagen de esta transformación de nuestra naturaleza por la virtud y la fuerza embriagadora del Espíritu; esta mujer, esta madre que clama: "El vino falta," y se entrega con confianza á Jesús, es la voz de todos aquellos que han sentido la insuficiencia de la vida, el agotamiento de la humanidad y de la universal creación, de aquellos que han gemido ante Dios, y de quienes Dios, en la hora escogida, pero á menudo muy lenta á la voluntad de sus deseos, siempre ha escuchado la oración.

Este hecho extraordinario se ha verificado en la penumbra; aquel que preside el festín no ha dudado del prodigio. Jesús, en todo el período inicial de su vida pública, evita la ostentación, se sustrae de la multitud, permanece reservado, en el círculo íntimo de los suyos, de su madre y de sus allegados. El tiene sobre todo á la vista á sus discípulos, es para ellos, los primeros admitidos en su familiaridad, por quienes obra, á ellos es á quienes se revela. Nada demuestra mejor á qué grado está en plena posesión de sus fuerzas divinas que esta suavidad, esa calma infinita con la que él ejecuta, sin vacilación como sin precipitación, la voluntad de su Padre. Al ver un principio semejante en la aurora tranquila de un día oriental, no se sospecharía jamás la tempestad terrible que obscurecerá el fin.



Jesús no se detuvo sino poco tiempo en Caná, él no volvió ya á Nazareth, bajó á Capharnaum, acompañado de su madre, de sus hermanos y de sus discípulos. Habría error en confundir este viaje con el que hará más tarde, para fijar allí su permanencia.<sup>1</sup> La distancia de Caná á Capharnaum es de un día de camino. El camino serpentea á través de las colinas, descendiendo siempre, y viniendo á ajustarse entre dos masas rocallosas cuyos flancos escarpados, semejantes á murallas gigantescas llenas de innumerables cavernas, forman el Ouady el Haman. Esas cavernas inaccesibles, pobladas hoy de una nube de palomas, servían en tiempo de Herodes, de refugio á las bandas de bandidos.<sup>2</sup> Esta garganta salvaje se abre sobre el lago y el rico llano verdioso de Gennesar. La pequeña caravana atravesó el caserío de Madgala, de Bethsaida, y llegó por la noche á Capharnaum. Jesús se encontró en el país de sus discípulos; la familia de Juan, la de Andrés y la de Simón, la de Felipe, habitaban Bethsaida; pero Simón, ya casado, tenía una casa en Capharnaum, que parecía haber sido el lugar de nacimiento de su suegra. Ningún detalle respecto á esta primera morada de Jesús; él no tenía otro objeto que estrechar los lazos entre el Maestro y sus jóvenes discípulos, y preparar de lejos su futuro establecimiento; ningún rumor se levantó en la ciudad, con motivo de su presencia.

Jesús tenía otro pensamiento: él miraba hacia Jerusalem, hacia el Templo. Ahí era, en el centro de la nación, en la metrópoli, á la faz del pueblo y de la jerarquía, en donde iba á manifestarse con esplendor. Un profeta hablando de los tiempos mesiánicos había dicho: "He aquí, yo enviaré á mí mensajero, él preparará el camino delante de mí; y repentinamente, entrará en su Templo el Señor que buscáis, y el mensajero de la alianza que deseáis. He aquí, él viene; ¿quién podrá resistir el día de su venida? El será como el fuego del fundidor."<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Véase el libro III, cap. II.

<sup>2</sup> Antig., XII, 1.

<sup>3</sup> Malaquías, III.

Juan, el mensajero ha abierto los caminos; Cristo, el Señor, puede aparecer. La ocasión se presenta por sí misma, la Pascua del año 28 estaba próxima, y los peregrinos se organizaban en caravana por todos los puntos de la Galilea.

Jesús, siguiendo la ruta del valle del Jordán,<sup>1</sup> partió para Jerusalem. Sus discípulos le acompañaron.

<sup>1</sup> Tres rutas principales conducían de Galilea á Jerusalem: la una, al Occidente, venía á unirse con la gran vía de Ptolemaia á Gaza, atravesaba el llano de Saaron, que ella dejaba á Lydda, y subía por las montañas de Judea, evitando la Samaria. La otra, la más directa, seguía sin desvío el llano de Jitrael, se ajustaba á través del país samaritano y terminaba en la metrópoli por Bethel, Ramah, Gibeah, hoy, Tell-el-Ful. La tercera costaba el lago de Genezareth, entraba en el valle del Jordán, paraba delante de Scythópolis, Archelais, rodeaba el monte Sartabah, descendía á Phasselis y á Jericó, después remontaba á través del desierto, por Bethania y Bethphagé, hasta el monte de los olivos: este era el camino de las caravanas que partían de las orillas occidentales del lago: este es el que ha debido seguir Jesús al dejar á Capharnaum.